IRIS AperTO

UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI TORINO

AperTO - Archivio Istituzionale Open Access dell'Università di Torino

La vida inalcanzable. El tema del suicidio en los diarios de Alejandra Pizarnik

This is the author's manuscript

Original Citation:

Availability:

This version is available http://hdl.handle.net/2318/148678 since

Publisher:

Edizioni dell'Orso

Terms of use:

Open Access

Anyone can freely access the full text of works made available as "Open Access". Works made available under a Creative Commons license can be used according to the terms and conditions of said license. Use of all other works requires consent of the right holder (author or publisher) if not exempted from copyright protection by the applicable law.

(Article begins on next page)

28 April 2024

La vida inalcanzable.
El tema del suicidio en los *Diarios* de Alejandra Pizarnik

Vittoria Martinetto
Università di Torino

Ne se suicident que les optimistes qui ne peuvent plus l'être.
Les autres, n'ayant aucune raison de vivre, pourquoi en auraient-ils de mourir?
Emil Cioran, Syllogismes de l'amertume, 1952

Es evidente: cuanto más vivimos, más nos acercamos a la muerte. Así que optar por morir joven significa rebelarse no tanto a la vida como a la muerte, corolario del vivir[1]. Si estos pensamientos pueden ocurrírsele a cualquiera, en la mente del deprimido suscitan una revolución mientras que en la sensibilidad del poeta dan lugar a epifanías creativas.

Alejandra Pizarnik era ambas cosas. Que nadie se escandalice. Ella misma en su diario hablaba explícitamente de su neurosis y se describía en términos en los que cualquier psicólogo, ni siquiera particularmente refinado, habría podido reconocer los síntomas de la depresión narcisista[2]. Esto no le quita ningún mérito, al contrario: su poesía se puede considerar justamente, sin pecar de románticos, el resultado necesario de semejante tormento, lo que la ha mantenido en vida, de manera casi terapéutica, durante muchos, aunque no bastantes, años[3]. Ella misma reflexionaba, a propósito de las obras de Mishima y Bergman: "Siempre me ha sorprendido y maravillado que se pueda realizar obras bellas partiendo de la imposibilidad de la felicidad o del absurdo de la existencia" (p.156). Y sin embargo es exactamente eso lo que la ha convertido en escritora –"Despierto alegre. Tal vez a causa de ello, imposibilidad de escribir un poema. Entonces, ¿alianza definitiva entre la angustia y la poesía?" (p.167)–, una escritora que no por azar sentía asombrosas afinidades con autores suicidas como Cesare Pavese, Virgina Woolf y Yukio Mishima, o locos como Antonin Artaud[4].

---

1 Según Jung negarse a reconocer la ley natural por la que la curva de la vida termina al alcanzar su final es un síntoma de neurosis bastante común. El gesto suicida en juventud, añado yo, es su manifestación extrema.
2 Son incontables los pasajes de los *Diarios* de Pizarnik en los que su personalidad muestra analogías evidentes con el deprimido narcisístico descrito por Julia Kristeva (cf. *Sole nero. Depressione e melanconia,* Milano, Feltrinelli, 1988) y continuas las referencias explícitas a la propia depresión: "Llegó la angustia. No se puede hacer nada sino dejar que el cuchillo se hunda cada vez más, y que una mano invisible me impida respirar. No hay defensa posible. Todo pierde su nombre, todo se viste de miedo. Aun el pensar en la poesía como posible salvadora me parece falso, neurótico" (p.121); "Estoy muy angustiada: lo inconciente me domina (…) Me siento vieja, fea, enferma (…) Me arrastra el sueño, la impotencia. Quiero dormir para siempre" (p.130); "He dejado el psicoanálisis. No sé por cuánto tiempo. Estoy muy mal. No sé si neurótica, no me importa. Solo siento un abandono absoluto. Una soledad absoluta" (p.137); "Huyo de lo esencial. Estoy enferma. Desintegrada. Agotada. Casi loca o, tal vez, completamente" (p.149); "Si gozo en el sufrimiento (…) no es posible entonces que haga todo lo posible e imposible por salir de mi depresión. Hace años que estoy protestando y quejándome por mis angustias, en diarios, en poemas, en conversaciones con amigos y enemigos, en el psicoanálisis" (p.180); "Esta escisión de mi ser me aterroriza. Es constante" (p.181); "Apenas busco ya me abandono en mi urgente, inmediato, anónimo y vengativo deseo de morir. Lo que tú deseas no tiene nombre. Lo que tú deseas es dormir. Depresión melancólica sin duda", (p.229). Todas las citas de los *Diarios* se refieren a la edición de Ana Becciu, Barcelona, Lumen, 2003.
3 La misma Pizarnik ilustra la valencia terapéutica de su "oficio": "Entre otras cosas, escribo para que no suceda lo que temo; para que lo que me hiere no sea; para alejar al Malo (cf. Kafka). Se ha dicho que el poeta es el gran terapeuta. En este sentido, el quehacer poético implicaría exorcizar, conjurar y, además, *reparar*. Escribir un poema es reparar la herida fundamental, la desgarradura. Porque todos estamos heridos". Entrevista con Martha Isabel Moia, en Alejandra Pizarnik, *Prosa completa*, Barcelona, Lumen, 2001, p. 312.
4 Con respecto a Cesare Pavese y a Antonin Artaud, Pizarnik hace comentarios análogos. Pavese: "Comencé a leer el diario de Cesare Pavese (…) casi todo lo que ha escrito me parece pensado por mí (…) Me desilusiona

Desde las primeras páginas del diario que empieza en 1954 –que forma parte de su proyecto literario– Pizarnik confiesa: "entre el Miedo y las ansias inmortales, me digo: he de escribir o morir" (p.17), para exclamar, sin embargo, solo dos días después: "De pronto siento náuseas de mi resignación de ser-para-la-muerte. Quiero vivir! Quiero liberarme! Quiero Vivir!" (p.20)[5]. Prosiguiendo la lectura se advierten, de hecho, las oscilaciones de la poetisa entre un nihilismo exacerbado y un exaltado vitalismo, entre el pensamiento de la muerte y la locura presentidas como inminentes y una atracción irrefrenable por la vida, que se traducía en furor de escribir y en un deseo, siempre insatisfecho, de abandonarse a los placeres de la sexualidad[6]. Más tarde empieza a asomar la idea de un compromiso entre estos dos polos: concederse vida a plazo fijo, de manera que la misma vida se convierta en arte: "Anoche hice planes para mi importantísimo futuro –escribía ya en octubre de 1959– Busco comprometer todas mis fuerzas en algo que me secuestre de dormir diez horas por día (…) cinco o seis años en una tarea y después suicidarme no es un futuro desdeñable" (p.153). Es la primera vez que en los *Diarios* aparece una referencia explícita al suicidio, que va a ir reaflorando a intervalos constantes a partir del año siguiente: "Siempre he sentido que yo estaba designada o señalada para una vida excepcional. No sé cómo saldré de todo esto, si llegaré a salvarme o si lo mejor será suicidarme ahora mismo" (pp.163-64); y más adelante: "Anoche pensé qué medios usaré para suicidarme" (p.178). El 1 de enero de 1961, Pizarnik inaugura el diario con la frase "Dentro de muy poco me suicidaré", y aunque llevará a cabo su proyecto más de diez años después, el suicidio se presenta ya como única solución posible ante un incontenible, e imposible, deseo de vivir más intensamente casi como si la vida no estuviese a la altura de sus expectativas o de las aspiraciones de su alma. La idea de suicidio llega a adquirir incluso connotaciones sutilmente humorísticas en este cínico y lapidario apunte: "El más grande misterio de mi vida es éste ¿por qué no me suicido? En vano alegar mi pereza, mi miedo, mi olvido (se olvida de suicidarse). Tal vez por eso siento, de noche, cada noche, que me he olvidado de hacer algo, sin darme bien cuenta de qué. Cada noche me olvido de suicidarme" (p.196)[7].

---

un poco tanta semejanza y, al mismo tiempo, me siento salvada" (p.153); "He hojeado las obras de Artaud y me contuve de gritar: describe muchas cosas que yo siento" (p.147); y también: "si hay alguien que puede estar en condición de compreder a Artaud, soy yo. Todo su combate con su silencio, con su abismo absoluto, con su vacío, con su cuerpo enajenado, ¿cómo no asociarlo con el mío?" (p.159).

5 Como cuenta la editora del volumen, Ana Becciu, la víspera de su suicidio, el 24 de septiembre de 1972, Pizarnik le indicó explícitamente el deseo de que una selección de páginas de sus *Diarios* se publicase como "diario de escritora", y se considerasen por tanto parte integrante de su obra. Sobre la importancia de esta actividad de escritura, paralela a la poética, la poetisa no tienen dudas: "¿Cómo podría vivir sin este cuadernillo? –exclama rebelándose a la madre, que no querría verla escribir tanto– ¡Imposible imaginarlo!". (p.37)

6 "El miedo a desear y su contrario: el deseo absoluto imposible de satisfacer en este mundo" (p.175); "...mi eros y mi thánatos, mi única razón de ser, muerte y amor aliados en un sinfín de renacimientos" (p.258); "El error está en querer sentir una dicha extrema o un total abatimiento. Los estados neutros de mi vigilia sobria –hechos de una leve angustia y una sorda ansiedad– me son insoportables" (p.262); "Si no me escribo soy una ausencia. El sexo y la escritura me permiten tener forma de algo" (p.394).En la última página de los *Diarios*, con fecha del 4 de dicembre de 1971, ya convencida del fin cercano, Pizarnik se queja justo de la falta de escritura y de sexo, o sea los que llama sus "pilares de la sabiduría" (p.503), especulares a "la locura y la muerte".

7 Escribe al año siguiente: "Que no se nos ocurra, tampoco, suicidarnos, no quiere decir que no lo haremos alguna vez sino que la decisión del suicidio ya fue tomada y anotada y firmada..." (p.246). O bien: "De todos modos el horizonte es siempre mi suicidio. Cada año prolongo más la fecha. Hoy la prolongué muchísimo: me mataré cuando tenga treinta años" (p.314); "Nunca he visto un ejemplo más palpable, más evidente, de alguien que tiene que suicidarse cuanto antes", (p.384). Y así siguiendo. En la obra poética de Pizarnik, en cambio, la palabra suicidio y el verbo suicidarse aparecen solo cinco veces, concretamente en las poesías: "Algo" en *La última inocencia* (1956), "El despertar", en *Las aventuras perdidas* (1958), "Los náufragos detrás de las sombras" en *Otros poemas* (1959), "Hija del viento" y "Entrar entrando adentro de una música al suicidio al nacimiento" en los inéditos titulados *Textos de sombra*

Me parece que la parábola de Alejandra Pizarnik –dividida entre dos pulsiones inextricablemente imbricadas de vida y muerte– se puede ver bien resumida en la frase de un personaje de *Suicidios ejemplares* de Enrique Vila-Matas: "...descubrí que la vida es inalcanzable en vida, que la vida está muy por debajo de sí misma y que la única plenitud posible es la plenitud suicida"[8]. O en otras palabras, que el suicidio se puede leer, como observa James Hillman, no tanto como un atentado contra la vida, cuanto como un paso decisivo hacia la satisfacción de la necesidad imperiosa de una vida más llena[9]. Antes que envejecer perdiendo gota a gota la existencia –"me imagino a los cuarenta o cincuenta años –anota Pizarnik–, una mendiga loca, con manía depresiva"[10]– mejor "la locura o la muerte"[11], la primera vista como una antecámara de la segunda o incluso como un sinónimo. La frase "he meditado en la posibilidad de enloquecer" (p.110)[12], puede significar una premeditación de muerte: "Talvez esté enloqueciendo. Porque lo deseo, lo deseo tanto como la muerte. Cierro los ojos y sueño la locura. Un estar para siempre con los fantasmas amados, llámense paraíso, vientre materno o lo que el demonio quiera" (p.138).

Es también este uno de los motivos de la aversión de Pizarnik por el psicoanálisis, al que sin embargo se había sometido[13]. La sensación –fundada– de que el trabajo psicoanalítico pretendiese sustraerla a sus "ensueños", obligándola a aterrizar para arraigar los pies en una realidad a la que ella no conseguía, por naturaleza, ver el atractivo: "nunca, hasta hoy – escribe en julio de 1962 – he sentido estos deseos superlativos de hallar la causa, la raíz, el orígen de mis sufrimientos. ¿Y si me dejara en paz? Después de todo, yo podría transcurrir deliciosas veladas recordando sucesos fantasmales y pensando en cosas que no existen" (p.233). Sin embargo, el recorrido hecho con el psicoanálisis no parece reversible. Pizarnik era consciente de que la niña del "sí" se había convertido en la adulta del "no" - "decir «no» en vez de «sì» me emociona" (p.266) – y atribuía la responsabilidad de este cambio a los padres y a los maestros, que llama "verdugos", con su "faena

---

8 Enrique Vila-Matas, *Suicidios ejemplares*, Barcelona, Anagrama, 1991, p.31.

9 Cfr. James Hillman, *Il suicidio e l'anima* , Milano, Adelphi, 2010.

10 Numerosos los pasajes de los *Diarios* en los que Pizarnik reflexiona sobre la propia vejez: "Y dentro de cuarenta años, si vivo –es un decir, pero espero no estar en esa «farsa imbécil»– , si vivo, repito, escribiré con mano temblorosa: «Son las 12 de la noche en mi angusta vejez solitaria»" (p.243). Escribe sobre ella –ignificativamente a la luz de su suicidio– con cierta incredulidad, como si fuese algo puramente imaginario, sobre todo porque siente en sí misma una inmadurez que no podría encontrar paralelo en la decadencia del cuerpo: "Además me molesta mi carencia de edad visible: a veces me dan catorce años y a veces diez años más que la edad que tengo, lo que me angustia mucho no por miedo a la vejez ni a la muerte (que llamo a gritos) sino porque sé que necesito de un cuerpo adolescente para que mi mentalidad infantil no sienta la penosa impresión de ser una niña perdida dentro de un cuerpo maduro y afligido por el tiempo" (p.266).

11 La "locura" y la "muerte" vuelven a aparecer asociadas no sólo en su poesía sino también en los *Diarios*: "Ojalá enloquezca o muera pronto" (p.83); "Se acercan la locura o la muerte o ambas que es lo mismo" (p.85); "Siento que me acerco al final. No sé si vedrán la locura o la muerte" (p.188).

12 Vale la pena citarla en su extensión: "He meditado en la posibilidad de enloquecer. Ello sucederá cuando deje de escribir. Cuando la literatura no me interese más. De cualquier modo, me es indiferente enloquecer o no, morirme o no. El mundo es horrible, y mi vida no tiene, por ahora, ningún sentido (No obstante creo que nadie ama la vida más que yo. Sólo que entre mis sueños y mi acción pasa un puente insalvable. He aquí que yo deba desangrarme como un animal enfermo, detrás de la vida)" (p.110).

13 "¡Madre y el psicoanálisis!¡Maldito!¡Todo me llega fuera de hora! Estoy segura que dentro de diez años –escribe en 1955–, mi madre va a querer que me psicoanalice siete veces por semana. Pero ¡creo que ya voy a estar muerta!" (p.39). "Tengo que dejar el psicoanálisis –escribe en 1958–. Tengo que reconocer, de una vez por todas, que en mí no hay que curar. Y que mi angustia, y mi delirio, no tienen relación con esta terapéutica, sino con algo más profundo y más universal" (p.132); "...días en que tengo una conciencia absoluta de mi imposibilidad de vivir. No puedo psicoanalizarme. No hay qué analizar. Simplemente me niego –alguien en mí se niega– a vivir" (p.179). La rebelión contra el análisis y el autoanálisis es recurrente: "He pensado en la locura. He llorado rogando el cielo que me permita enloquecer. No salir nunca de mis ensueños. Ésta es mi imágen del paraíso" (p. 138).

repugnante": "Considero que mi infancia ultrajada es un hecho perfectamente serio" (p.288), anota. Según Julia Kristeva, que recoge la teorías psicoanalíticas clásicas de Abraham, Freud y Klein, "il lamento contro di sé sarebbe un lamento contro un altro e la messa a morte di sé il tragico travestimento del massacro di un altro"[14]. O, más icásticamente con Pavese, "i suicidi sono omicidi timidi. Masochismo invece di sadismo"[15].

Sin embargo, abandonando las divagaciones psicoanalíticas y volviendo a más empíricas reflexiones sobre el tema del suicidio en sus escritos cotidianos, es imposible no tropezar en razonamientos que lo contemplen: la recurrencia es casi obsesiva. Sé que algunos exégetas de la obra de Pizarnik no estarán de acuerdo con la elección de este tema[16]. Sin embargo en el deseo de evitarlo hasta el punto de poner en duda incluso que el gesto fuera voluntario –después de tres tentativas fallidas bien documentadas[17]– me parece entrever el prejuicio de quien permanece sometido a la idea de suicidio como tabú en una cultura cuya legislación lo juzga como delito, cuya religión lo condena como pecado y cuya sociedad lo execra como atentado a la propia supervivencia, en vez de considerarlo como una libre elección del individuo, una posible solución al dolor de vivir[18]. No es casualidad que un modo de exorcizarlo haya sido, como escribe Hillman, la tendencia a silenciar el hecho o a justificarlo con la locura, como si el suicidio fuese la aberración antisocial por excelencia[19].

Sin embargo, por muy frecuente que sea la asociación entre locura y muerte tanto en los *Diarios* como en la obra poética de Pizarnik, es difícil encontrar en otros escritores páginas de una tan contundente lucidez frente a la idea suicida. No encuentra ciertamente aplicación en su caso la frase de Albert Camus, que en *Il mito di Sisifo* afirma: "Raramente –ma tuttavia l'ipotesi non è esclusa– ci si uccide per riflessione. Ciò che scatena la crisi è quasi sempre l'incontrollabilità"[20], ya que justamente los *Diarios* atestiguan como la poetisa ha reflexionado durante una decena de años por lo menos sobre la posibilidad de suicidarse, por lo que a lo sumo habría que incluirla en la excepción contemplada por el escritor francés. El mismo Hillman en su atento examen del fenómeno del suicidio, anota lo raros que son en la Historia los individuos –de hecho recurre a los casos legendarios de Sócrates y Séneca– capaces de comprender con claridad la trama del propio mito personal hasta el punto de advertir el momento de la propia muerte y de contarlo; y esto porque, subraya, estamos tan poco en contacto con la muerte que llevamos dentro de nosotros que nos parece una fuerza externa, exógena, que nos golpea desde fuera[21]. Pero ¿no se encontraba

---

14 Julia Kristeva, *op. cit*, p.17.

15 Cesare Pavese, *Il mestiere di vivere. Diario 1935-1950*, Torino, Einaudi, 2000, p. 399.

16 Me refiero en particular a Claudio Cinti, editor de la única antología italiana de la obra poética de la escritora argentina (*La figlia dell'insonnia*, Milano, Crocetti, 2004), quien insinúa que Pizarnik no se dio deliberadamente la muerte y habla de circunstancias oscuras, aunque sin motivar adecuadamente tales afirmaciones, cuando en realidad está comprobado que la poetisa muere por haber ingerido cincuenta pastillas de Seconal la noche entre el 24 y el 25 de septiembre de 1972. En sus páginas introductorias, por otra parte, Cinti arremete con sospechosa vehemencia contra quienes –los críticos Guillermo Sucre y Frank Graziano y el escritor César Aira– según él leen la obra poética de la argentina a través de la lente deformante del suicidio. El prejuicio y la actitud morbosa de los que Cinti les acusa se podrían muy bien cambiar de sentido para atribuírselos a quien, en cambio, no consigue interpretar el gesto como resultado de una libre elección y permanece lastrado por el tabú social que tiende a esconderlo. Cfr. ivi, pp.161-166.

17 Véanse las anotaciones del 9 de octubre: "Hace cuatro meses intenté morir ingiriendo pastillas. Hace un mes, quise envenenarme con gas" (p. 502), y del 27 de noviembre de 1971: "El domingo pasado traté de ahorcarme. Hoy no dejo de pensar en la muerte por agua" (p. 503).

18 Cfr. James Hillman, op. cit. p.32

19 Ibid.

20 Albert Camus (1997), *Il mito di Sisifo*, Milano: Bompiani, Milano, p.9.

21 James Hillman, op.cit., p.84.

Alejandra Pizarnik en un continuo cara a cara con la propia muerte? "¡¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!!"[22], exclama citando su adorado César Vallejo: seguramente para Pizarnik la muerte no ha sido pensada nunca como un agente exterior –"sólo la muerte da sentido a la vida. Esta verdad se ha encarnado en mí" (p.107), razona– sino como un componente intrínseco de su vivir, con el que se confrontaba cada día, como demuestran las páginas de los *Diarios*, incluso con mayor evidencia que las poéticas, en las que el término y la metáfora relativa son omnipresentes.

Para llegar a poder considerar el suicidio en general –y el de Pizarnik en particular–, sin ningún prejuicio, patológico o de otro tipo, como algo "natural", una posibilidad que se abre ante toda mente humana, hay que concebirlo, según sugiere Hillman, como afirmación del individuo, afirmación que a su vez implica coraje –no por casualidad citado siempre en los debates sobre el suicidio–, porque es necesario mucho valor para precipitarse en lo ignoto por elección propia. "Per alcuni –escribe Hillman– il suicidio può essere un gesto inconsciamente filosofico, un tentativo di comprendere la morte congiungendosi con lei"[23]. De hecho podría expresar la necesidad imperiosa de encontrar una realidad absoluta, un vida más plena justamente a través de la experiencia de la muerte, pues es muy cierto, como señala de nuevo Hillman, que "la filosofia ci rammenta che noi ci costruiamo di giorno in giorno in vista della morte" de manera que, por extensión, "ci uccidiamo quotidianamente sicché ogni morte è un suicidio"[24]. El "filosofar es aprender a morir" podría traducirse para Pizarnik en "escribir poesía es aprender a morir"*:* la escritura adquiere para ella el valor de una cura o de una salvación temporal, aunque no menos el de una experiencia cognitiva, la única, por lo menos, a la que atribuye la facultad de propiciar la autocomprensión, la comprensión de la propia vida y de la propia muerte, preferible sin duda a cualquier diálogo, directo con los psicoanalistas o indirecto con otros autores[25]. Ante exclamaciones como esta: "¡Oh, crear! ¡He de crear! Es lo único importante. Es lo único que queda.¡Crear y nada más! ¡He de tapar el fracaso de mi vida con la belleza de mi obra!| ¡Crear!" (p.54), parece incomprensible la actitud de su médico P. R., que pretende inducirla a abandonar la escritura, cosa a la que ella justamente se niega de la manera más categórica[26]. Como ha indicado Kristeva, "la depressione è il volto nascosto di Narciso, quello che lo trascinerà nella morte ma che egli ignora quando si ammira in un miraggio"[27]. Para Pizarnik el espejismo ha sido, durante muchos años, como atestigua su amplia producción poética, su enamoramiento de la escritura, porque "non si dà scrittura che non sia innamorata", como "non v'è immaginazione che non sia, in modo aperto o latente, melancolica"[28]. Es la cifra paradójica que caracteriza mucha lírica contemporánea, sin duda alguna la de Pizarnik, que aspira a contener en la palabra lo incontenible. Solo la poesía puede, por momentos, dar a

---

22 Alejandra Pizarnik, *Diarios,* cit., p.24.

23 James Hillman, op.cit., p.101.

24 Ivi, p.99.

25 "No es que niegue mi depresión interna. ¡No! Escribir y escribir. Siento un placer casi morboso al escribir estas sensaciones. Por nada del mundo quisiera estar en otra parte ni en otro ser" (p.29); la poetisa sustituye efectivamente la pregunta filosófica por excelencia con la búsqueda y la percepción de sí que manifiesta, de hecho, a través de la escritura: "No me importa verificar algo tan vulgar como la existencia de Dios, pues me basta con sentir mi ser" (p.31).

26. Puesto que el doctor P.R. "no cree en la poesía ni, mucho menos, en que sea necesaria" (p.427), como anota Pizarnik, ella decide con ánimo rebelde "escribir día y noche. Contra él y contra el mundo y todo lo que me es hostil y espera o exige mi suicidio" (p.426). Pizarnik es profundamente cosciente de lo mucho que la escritura tiene de antídoto, por más que sea provisional, contra su impulso de muerte. "Si puedo trabajar todos los días no necesito del psicoanálisis. No es cierto. Pero cuando me analizaba no hacía nada. ¿Hacer qué? No sé pero contra mi perpetua sensación de inutilidad no veo otra solución que el trabajo. De todos modos quisiera acabar mi vida lo antes posible" (p.372).

27 Julia Kristeva, op.cit, p.13.

28 Ibid.

la escritora la ilusión de compensar, sublimándola, la persecución siempre insatisfecha de algo que la esquiva y decepciona sin cesar[29].

La brevedad preponderante en las poesías de Pizarnik procede en parte, como ha señalado oportunamente César Aira, de las premisas surrealistas adoptadas (o del "surrealismo innato" che reconoce en sí misma[30]), y la imposibilidad de escribir narrativa –a pesar de ser su gran deseo siempre frustrado, como atestiguan los *Diarios*[31]– puede derivar a su vez de ese presente absoluto teorizado por la escritura automática, que pretende capturar el libre fluir del inconsciente, y por tanto excluye, aunque sea solo en teoría, la mirada al pasado, obligando al poeta a ser un perpetuo Orfeo, al que le está prohibido volverse para ver lo que ha hecho[32]. Sin embargo, me parece aun más importante subrayar cómo la coexistencia de tiempos implícita en la prosa narrativa –el pasado en el que han sucedido los hechos y el presente en el que se los cuenta– parece inalcanzable para Pizarnik a causa de su resistencia a madurar, de la infancia irreducible que reaflora en las metáforas del suejto de su poesía y que reiteradamente se expresa en ese momento emblemático de anulación del tiempo que representan las imágenes del alba y del insomnio. "Lo que yo necesito decir –concluye Pizarnik al renunciar, definitivamente al proyecto narrativo– carece de duración" (p.480)[33]. En suma, la misma reducción a un presente inviolable, que según Aira constituye "una de las sobredeterminaciones de la brevedad de los poemas de A.P."[34], es también, a la luz de su parábola existencial, reflejo y preanuncio de un recorrido que terminará voluntariamente mucho antes del umbral de la vejez.

Según Aira, además, la elección de un catalogo léxico y temático restringido, el ejercicio combinatorio de un acervo limitado de imágenes, cifra de un minimalismo y de una austeridad que se revelan inflexibles a lo largo de toda su producción poética, son en sí un modo económico aunque incómodo de anticipar la propia muerte, de incorporarla en la propia obra de la que a la vez se decreta el fin[35]. Tómense como ejemplo las "palabras del sueño de la infancia de la muerte" de esa extraodinaria poesía que es "En esta noche en este mundo", publicada un año antes de su muerte[36]. Un solo verso parece condensar la

---

29 "Il depresso – anota Kristeva – ha l'impressione di essere diseredato di un supremo bene innominabile, di qualcosa di irrappresentabile, che solo una divorazione forse potrebbe raffigurare, solo un'*invocazione* potrebbe indicare, ma nessuna parola riuscirebbe a significare (…) Sentendosi diseredato della sua Cosa, il depresso fugge all'inseguimento di avventure e amori sempre deludenti, oppure si rinchiude, inconsolabile e afasico, in un a tu per tu con la Cosa innominabile (…). La sublimazione fa un tentativo in questo senso: attraverso melodie, ritmi, polivalenze semantiche, la forma detta poetica, che decompone e ricostruisce i segni, è il solo "contenente" che sembri assicurare una presa incerta ma adeguata sulla Cosa"", ivi, pp.19-20.

30 Alejandra Pizarnik, *Prosa completa*, cit., p.313.

31 Sobre ese proyecto narrativo que se convierte en tema recurrente de los *Diarios*, hasta el punto de que la redacción de estos y la de la novela que la poetisa nunca consiguió escribir están estrechamente ligadas, véase el exhaustivo ensayo de Federica Rocco, *Una stagione all'inferno. Iniziazione e identità letteraria nei diari di Alejandra Pizarnik*, Venezia, Mazzanti Editori, 2006.

32 Cf. César Aira, *Alejandra Pizarnik*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1998. Anota Aira a propósito de la imposibilidad de escribir narrativa: "Como muchos poetas, ella encontraba imposible emprender la escritura de una novela, porque ésta necesita enlaces, información, momentos poéticamente inertes. En A.P. todo iba en dirección a un máximo de densidad poética, es decir en la dirección opuesta a la novela", ivi, p.82.

33 Es en agosto de 1970 cuando Pizarnik parece resignarse a no escribir el tan deseado libro: "Para escribir cuentos y novelas es preciso *planear*, hacer proyectos (pocos o muchos, no importa) hay que planificar, ordenar en capítulos, saber de antemano qué se va a decir (…) un libro, como una casa, implica una verdadera planificación y además laboriosidad y paciencia. Por una parte, no creo estar en condiciones de construir un libro; por la otra me siento cada día más vieja y siento que a cada momento se hace "tarde" la posibilidad de ese libro" (p.480).

34 Cfr. ivi, p.21

35 "Pues bien –anota Aira– un autor que se impone restricciones léxicas o temáticas se está adelantando a su propia muerte, al cierre de su obra. Es un modo económico, aunque incómodo, de incorporar la muerte a su obra", ivi., p.39.

36 Alejandra Pizarnik , *Poesía completa*, Barcelona, Lumen, 2003, pp. 398-400.

parábola existencial de Pizarnik: por una parte la vida, en concesión gracias a la palabra poética y a los sueños, por la otra la muerte como único interlocutor y horizonte, habida cuenta de los eternos imposibles: el prolongarse de la infancia, la incapacida de transcurrir con el tiempo, expresados también de otra manera pocos meses antes del suicidio en la pieza "Recuerdos de la pequeña casa del canto": "Y otra vez la muerte. Se cierne sobre mí, es mi único horizonte (…) Murieron ya los sueños sagrados de la infancia"[37]. Si la depresión circunscribe la mirada y la concentra en las cosas esenciales –como certifican los temas que vuelven obsesivamente también en sus *Diario*– el suicidio, negación definitiva de la existencia en nombre de la esencia, parece ser su corolario natural[38].

En definitiva, una vez más parece no tener razón Albert Camus cuando pone en relación el impulso suicida con el descubrimiento del absurdo de la vida[39]. Pizarnik no parece habitada por el sentimento del absurdo, sino por la inquietud que le deriva de sus propios imposibles, de una falta de adecuación de la que se considera más bien responsable a sí misma y no a la vida: "eres muy capaz de suicidarte, no por lo que eres sino por lo que no eres" (p.256), razona, implacable consigo misma, como hacía continuamente[40], echándole la culpa sobre todo a su propia innata resistencia a madurar: "Y he sabido que mi esfuerzo por vivir como adulta, ganarme la vida, pensar, amar, es una imposibilidad de imposibilidades" (p.206).

Un poco como el admirado Mishima, que aunque con motivaciones distintas había organizado con gran lucidez y frialdad su propia muerte dejando una nota en la que estaba escrito "La vida humana es breve, pero yo querría vivir para siempre", el epitafio de Alejandra Pizarnik podría ser el comienzo de "Texto de sombra": "Quiero existir más allá de mi misma"[41], o bien este otro apunte de diario de 1955: "Aún sopla en mí la optimista esperanza de hallar el puente entre los límites y el infinito"[42]. En este amor platónico, nunca correspondido, por la vida, parece que se funda su instinto de muerte, si es verdad que "porre fine a se stessi significa arrivare al termine di sé, trovare la fine o il limite di ciò che si è, per arrivare a ciò che non si è ancora..."[43]. En suma, es como si la muerte representase no un terminar, sino un superarse, un vivir sin límites, lo que para otros es, banalmente, la inmortalidad. Por otra parte, tanto en la vida como en la muerte ha sido su obra poética la que se lo ha concedido, como ya intuía al concluir el diario de 1957: "¿Posibilidad de vivir? Sí, hay una. Es una hoja en blanco, es despeñarme sobre el papel, es salir fuera de mí misma y viajar en una hoja en blanco" (p.95).

Pocas reflexiones más certeras, aplicadas a sí misma, que las que la poetisa hacía considerando el sufrimiento de Baudelaire, el suicidio de Nerval, el silencio precoz de Rimbaud, la vida y la obra de Artaud: "Estos poetas – escribe en un artículo publicado en la revista *Sur* en 1965 – tienen en común el haber anulado – o querido anular – la distancia

---

37 Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, cit. p. 435. Véase también los poemas "Devoción", que es un diálogo entre "la muerte y la niña" y "Ejercicios sobre tema de infancia y de muerte", respectivamente en la p. 30 y la p. 67, en Alejandra Pizarnik, *Prosa completa*, Barcelona, Lumen, 2001.

38 Cfr. James Hillman, op. cit., p.112.

39 "El tema de este ensayo –puntualiza Camus inaugurando el *Mito de Sisifo*– es, precisamente, esa relación entre lo absurdo y el suicidio, la medida exacta en que el suicidio es una solución de lo absurdo" op.cit. p. 10.

40 Frases como estas aparecen con frecuencia en los *Diarios*: "Angustiarme y querer morir, porque quisiera ser todo y sólo soy nada" (p.122); "Y me doy asco, y me desprecio y me repugno (…) porque no soy más que una infeliz neurótica con ambiciones y proyectos que jamás se cumplirán" (p.158); "Y yo siempre tan al borde del abismo (…) sintiendo con todas mis fuerzas que no puedo vivir, que estoy tensa y desecha, un despojo humano, una depresiva ni siquiera maníaca pero inapta para todo" (p.267).

41 Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, cit., p. 409. En los *Diarios*, la poetisa, declaradamente agnóstica, cita significativamente, adaptándola, una frase del Evangelio: "Y escuché una voz que dijo así: "Aquel que quiera salvar su vida la perderá, pero el que quiera darla, la volverá, en verdad, viva", cit., p.117.

42 Ivi, p. 45.

43 James Hillman, op.cit., p. 109.

que la sociedad obliga a establecer entre la poesía y la vida"; aunque este sea, como afirmaba Hölderlin, un juego peligroso[44]. Un año antes de suicidarse, Pizarnik expresa en palabras magistrales este deseo de fusión entre vida y poesía, intuido como algo que le está vedado: "Ojalá pudiera vivir solamente en éxtasis, haciendo el cuerpo del poema con mi cuerpo, rescatando cada frase con mis días y con mis semanas, infundiéndole al poema mi soplo a medida que cada letra de cada palabra haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir"[45].

"Sé de una manera visionaria, que moriré de poesía –escribe diez años antes de su muerte–. Esto no lo comprendo perfectamente, es vago, es lejano, pero lo sé y lo aseguro" (p.260). Lo cierto es que su gesto suicida, se quiera poner o no en relación con su poesía, es a su vez, en alguna medida, un gesto poético que responde al deseo de expresarse en un arte "que fuera como un aullido en lo oscuro, terriblemente breve e intenso, como la muerte" (p.145).

---

44 Alejandra Pizarnik, *Prosa completa*, cit., p. 269.

45 La poetisa termina una entrevista con Martha Isabel Moia respondiendo a la pregunta ya formulada por Octavio Paz en *El arco y la lira* –"¿no sería mejor transformar la vida en poesía que hacer poesía con la vida? – con la cita de los versos finales de "El deseo de la palabra" (*El infierno musical*, 1971), ivi., p.315.